

Alternativas posibles para evitar ajustes traumáticos



Juan José Llach
ECONOMISTA
Y SOCIOLOGO
PROFESOR DEL IAE

Entre 2003 y 2008, por primera vez en la historia, el Tesoro nacional tuvo un elevado superávit, que después del pago de intereses de la deuda, alcanzó al 1,44% del PBI, 15.000 millones de pesos a valores de hoy. Logro notable, ciertamente posibilitado por la mejor coyuntura mundial de los últimos ochenta años, pero también porque la dura experiencia del pasado logró modificar la cultura fiscal de la población y de la clase política, y el Gobierno actuó en consecuencia.

Este cambio cultural está ahora puesto a dura prueba, porque el viento de cola externo es ahora suave brisa y porque el Gobierno nacional se ha debilitado políticamente, pero también por el desmadre de subsidios indiscriminados, que en 2008 fueron de 45.300 millones (4,4% del PBI) y por el cambio de signo de los resultados fiscales de provincias y municipios. Así es que las finanzas públicas se ven ahora acosadas como no lo estaban desde

principios de siglo.

Gobernadores e intendentes necesitan más dinero para manejar sus provincias y ya se urden reformas impositivas a tal fin; los sectores productivos reclaman subsidios o rebajas de impuestos; los pagos de la deuda pública deben ser enfrentados con la sola ayuda del BCRA, el Banco Nación y de las propias cajas estatales, al no acceder la Argentina a los mercados financieros; en fin, continúa una fuerte salida de capitales, y la situación recesiva, aunque menguada, sigue en pie y necesita respuestas.

Hay al menos cuatro caminos que el nuevo gabinete podría encarar, remontando la cuesta de su desfavorable acogida: crecer, decir la verdad, negociar y ajustar.

Con las tres primeras opciones se evitarían el riesgo de default y un ajuste recesivo e inequitativo. Créase o no, si el clima ayuda, la Argentina puede crecer 5% en los próximos doce meses y el Tesoro hacerse de 1% del PBI. Bastaría con presentar un plan financiero creíble para 2009-2010 y dejar de hostigar a la producción.

En el caso del campo, por ejemplo, dismantelar las restricciones

de Comercio y la ONCCA, aun sin bajar las retenciones, alentaría significativamente la producción. Una gradual reducción de los subsidios rendiría otro punto del PBI, llevando el superávit primario al 3,5%. Si además se independizara al INDEC del poder político y éste empezara a decir la verdad –aun dejando para más adelante la investigación del pasado– y se reanudaran negociaciones con los acreedores en mora, la Argentina podría volver de a poco al financiamiento y revertir la fuga de capitales, reducir el riesgo país, recrear el crédito y, gradualmente, aumentar la inversión.

Las alternativas bosquejadas son superiores a una megadevaluación fiscalista, a ajustes basados en aumentar impuestos y, por cierto, al recurso a financiamientos compulsivos que involucren al sistema financiero.

Si todo eso se anunciara como un plan, la confianza se recuperaría más rápidamente, y aunque en verdad no sería conveniente, se podría también prescindir de los organismos internacionales de crédito, tal como parece desear el Gobierno.